

Steve SHAPIN. *A Social History of Truth: Civility and Science in Seventeenth-Century England*, Chicago, University of Chicago Press, 1994, xxi+ 483 pp. ISBN: 0-226-75018-3.

Dentro del variado marco de los estudios sociales de la ciencia —que ve en la génesis de todo conocimiento una construcción retórica convalidada comunitariamente— Shapin nos va acostumbrando desde hace más de una década a un estilo vigoroso de entender el avance de la ciencia experimental desde claves socio-culturales ajenas a su epistemología.

En el libro que escribió con Simon Schaffer en 1985, *Leviathan and the Air-Pump: Hobbes, Boyle, and the Experimental Life*, quiso demostrar —con buenas pruebas y sutiles argumentos— que las soluciones al problema del orden social (construcción de centros de poder, ya sean políticos o culturales) y los modos cómo se solucionan los problemas de verosimilitud y legitimación en la producción experimental de conocimiento no sólo son permutables, sino que en muchos respectos son idénticos. En gran medida el pulso que mantienen con las tesis duras de Bruno Latour de que política y conocimiento se coproducen sin que una pueda tomarse como causa de la otra, les ha llevado a ambos a buscar no sólo en la competencia entre laboratorios, sino en otras esferas de la cultura —como la de la moral o de las creencias religiosas— los posibles resortes del éxito o fracaso de la ciencia moderna.

De esta manera, Shapin nos vuelve a sorprender en este nuevo libro, centrado otra vez principalmente en la figura de Boyle, con la tesis —no menos dura— de que la historia social de la verdad está estrechamente ligada a una historia social de la *confianza*.

Vuelve a la ya vieja idea de Merton de que hay una ética funcionando en las actividades científicas. Pero tal ética —como no podía ser de otra manera— ni es universalista, ni mucho menos garantiza individualmente las condiciones de validez de la episteme científica. Para Shapin no hay conocimiento privado que valga o, dicho en otros términos, nada alcanza el estatuto de saber adquirido hasta que circula *inter pares*. Más bien —basándose en cuidadas lecturas de la literatura gentil del S.XVII y en abundantes fuentes epistolares— crea un *tipo ideal* de caballero inglés en torno a unas supuestas normas de conducta: autonomía y libertad de expresión, sentido del honor en la palabra dada y confianza en los testimonios que se ponen en juego intersubjetivamente... A lo largo de todo el primer capítulo el autor plantea cómo una cierta moral hace posible en las comunidades científicas que las relaciones de confianza sean la base del consenso a la hora de validar o invalidar pruebas experimentales. Un científico acepta,

duda o rechaza, sobre la confianza necesaria, todos los antecedentes que hay que asumir para reclamar un conocimiento como nuevo. No hay, pues, ningún *a priori* epistémico, sino la exigencia única de la comunicabilidad de asertos dentro de una comunidad que se vertebraliza alrededor de valores éticos antes que cognitivos, como diría el filósofo Apel. Tal comunidad sería para Shapin la que formarían los *gentlemen* y sus ideales de civilidad.

Las normas de cortesía se adaptaron a los desempeños de la comunidad experimental. Incluso en los modos conversacionales que los caballeros de la Royal Society tenían —como se muestra en el capítulo siete basado en las sugerentes propuestas que Michael Oakeshott ha hecho en su poética—, ve el autor más precisión y validez que en las pruebas matemáticas que se aportan al debate sobre la presión en la bomba de vacío. Nada debería extrañarnos en tal opinión, pues si aceptamos que la comunidad científica es primariamente una comunidad ética constituida por caballeros, entonces cualquier intento de forzar los argumentos o de exagerar la exactitud de las pruebas privilegiaría los elementos enfáticos sobre los sencillamente fáticos, vulnerando la primera regla de la cortesía: la comunicación, una vez establecida, debe garantizar la fluidez de la conversación. Debe proseguir aunque tenga que sacrificarse la relevancia, canjeando la seguridad de la prueba y el rigor por la tranquilidad del reconocimiento y el testimonio. Lo que está en juego no es la verdad, sino el *confort*.

A propósito de la polémica sobre la diversa observación de un cometa entre Adrien Auzout y Johannes Hevelius, en el capítulo seis, Shapin no sólo se empeña en convencernos de que el buen hacer conforme a los *courtesy manuals* llevó a la Royal Society y a su secretario Oldenburg a postular la existencia de dos cometas, sino también establece la distinción entre lo que fue dicho en conversaciones privadas y lo que fue dicho públicamente, aunque por boca de otros. Esto ilustra hasta qué punto la *pertinencia* de unas proposiciones expresadas como nuevo conocimiento está íntimamente ligada a la *pertenencia* a un código o idioma moral. Quizá, esto requiere, como algunos han pedido, ser explicado antes de ser adoptado como recurso explicativo. Pues parecen legítimas las reclamaciones acerca de por qué en la Europa del Absolutismo, dominada por valores nobiliarios y cortesanos, sólo prosperaron en Inglaterra estas comunidades éticas orientadas al conocimiento experimental.

No menos relevante parece la insatisfacción que muchos historiadores han expresado sobre la supuesta neutralidad epistémica y moral —según el *dictum* exigido por quienes sostienen el *Strong Program*— de los estudios que reclaman la importancia del contexto local y la terapia de la corta duración. Sin duda, dos merecidos correctivos a la historiografía del progreso y las teleonarrativas. Las fuentes históricas están hechas principalmente de palabras con destinatario que

adquieren sentido cuando quien las lee es lingüísticamente competente. Esto nos lleva a considerar la preeminencia de lo local frente a lo universal, y del tiempo corto como agonía contra el escatológico de la larga (o muy larga) duración. Ahora bien, ¿dónde quedaron o cuándo se nos esfumaron los ideales asociados a la noción de verdad? ¿Puede sobrevivir una comunidad humana sin la confianza en que existen asertos de validez universal? ¿Debe detenerse la pasión por esta búsqueda y reemplazarse por un pluralismo epistémico, donde lo procedimental se supedite a lo convivencial? Pues, si el conocimiento, como quiere Shapin, es fruto retórico de un consenso local y temporalmente inestable, entonces se nos está invitando a renunciar a una determinada imagen de la ciencia sólidamente establecida, lo que convierte en sospechoso su no posicionamiento ético frente al relativismo que se deduciría del libro. Una ambigüedad inquietante para este fin de siglo, pues muchas sociedades sobrevivieron sin la obsesiva preocupación por la verdad, aunque siempre al cobijo de convicciones éticas.

ANTONIO LAFUENTE

Alejandro R. DÍEZ TORRE; Tomás MALLÓ; Daniel PACHECO FERNÁNDEZ; Angeles ALONSO FLECHA (coords.) *La ciencia española en ultramar. Actas de las I Jornadas sobre España y las expediciones científicas en América y Filipinas*, Madrid, Ediciones Doce Calles, 1991, 395 pp. ISBN: 84-87111-19-X./ Alejandro R. DÍEZ TORRE; Tomás MALLÓ; Daniel PACHECO FERNÁNDEZ (coords.). *De la Ciencia Ilustrada a la Ciencia Romántica. Actas de las II Jornadas sobre España y las expediciones científicas en América y Filipinas*, Madrid, Ediciones Doce Calles, 1995, 642 pp. ISBN: 84-87111-53-X.

A mediados de los años ochenta, se crearon para la historia de la ciencia programas movilizadores de investigación, orientados al estudio de las llamadas genéricamente «expediciones científicas ilustradas» bajo cuyo epígrafe se agruparon los viajes y comisiones, expediciones y exploraciones que, con mayor o menor contenido científico, recorrieron la práctica totalidad de los territorios coloniales a lo largo del siglo XVIII. La década anterior había estado dominada —en sintonía con la historiografía francesa y anglosajona— por la preocupación por el proceso de institucionalización considerado por su fragilidad como el elemento esencial de la discontinuidad de la ciencia en España. Al estudio de estas expediciones, con nombres más o menos conocidos como Mutis, Malaspina, Pavón y Ruiz, Humboldt, etc., con fechas concretas que «aniversarizar» y hechos concretos contrapuestos a la imagen del conquistador y del misionero, se orientaron buen